***Los jardines amantes*, de Alfredo Cardona Peña ***

1. *Signo.*

Los poemas de este último libro de Alfredo Cardona Peña —el gran poeta costarricense que vive en México— se precipitan torrenciales sobre nuestra sensibilidad, en avalancha que arrastra. Astros, nubes, rocas, selvas, animales, flores, ocultos latidos de la tierra, murmullos... caen sobre nosotros, nos traspasan, nos poseen y nos llevan. Pronto no sabemos dónde acaban ellos y en dónde empieza nuestra personalidad. Sobrepasados los límites que separan al hombre del cosmos, todo —la Naturaleza y lo humano— es una unidad indivisible e insoslayable. Nos sentimos inmersos en la belleza del mundo y nos descubrimos parte de él, identificados plenamente con su realidad desbordante y con su destino sin fin: nos sabemos sin muerte, pues la vida se transfiere de un ser a otro, de un estado a otro estado, en un proceso infinito.

Alfredo Cardona Peña nos entrega un libro fundamental y definitivo, trascendente, copioso y vario —como vario es el mundo—, hondo, auténtico y sugeridor, lleno de pasión de la tierra y de pasión humana. En él, lo subjetivo converge con lo objetivo, en ese punto en que lo individual deja de serlo para convertirse en lo unánime y en lo universal. Todo un paraíso de sensaciones se agolpa —tumultuoso y ordenado a la vez— ante nuestros sentidos, sí. Pero también el alma recibe un mensaje profundo cuya huella es difícil borrar u olvidar. *Los jardines amantes* rebosan elementalidad

* Alfredo Cardona Peña, *Los jardines amantes*. México, ediciones Cuadernos Americanos, 23, 1952, 180 pp.

y complejidad, sabiduría sensorial y vuelo alto del espíritu. Y no hallamos ni un solo "lugar común", ni un solo tópico poético, en medio de tanta abundancia y riqueza verbal. Cada verso nace nuevo, original, irrepetible, a pesar de que es eternamente viejo. Cada metáfora y cada imagen tienen la frescura y la gracia de la creación reciente, del acto único. Mas Cardona no es poeta que se encastille en ninguna *tour d'ivoire*: se siente y se sabe hombre, antes que nada; y así se proclama el Hombre. El mismo, en su décima xxix, confesándose de un modo total, nos dice:

Que cuando digas "yo amo"
no seas tú, sino el Hombre
quien lo dice, y esto NOMBRE
DE POESIA lo llamo.
Dilúyete en el gran ramo
de la humanidad, y dí
un canto a ella, no a ti.
La hoja en el bosque vierte
su verde unidad: ¿Qué muerte
puede amenazarla así?

2. Forma.

Los jardines amantes se encierran —y se derraman— en un libro lleno de "oficio", de sabiduría técnica, que, sin embargo, no se somete ante la forma, que no claudica ante ella, porque sabe su autor que "en el fondo, fondo es forma", "fondo que calla y aliena", "forma que todo conforma" (décima xviii). Acomodándose, pues, a este canon, sus poemas se vierten en verso libre, en octosílabos, en endecasílabos, en alejandrinos y en otros metros; se agrupan en breves o en larguísimas estrofas de variable y fluyente extensión, en tercetos, en décimas, en sonetos... La forma no es horma estrecha ni vaso, ni continente, sino exacta piel y exacta sustancia: contenido, poesía. Fondo y forma son una identidad, una unidad indestructible: indivisible átomo poético.

Los jardines amantes constituyen un libro lleno de maestría, en el cual la creación fluye sin dolor, constante, sin detenerse, sin resentimiento alguno. ¿Por qué? Porque las simples formas académicas y retóricas han sido superadas. Clásicos y libres a la vez, libres y clásicos al mismo tiempo, estos poemas sienten la alegría de ser en sí y porque sí.

3. *¿Qué es un poema? ¿Qué es poesía?*

Alfredo Cardona Peña ama la verdad de la poesía. Y sólo porque la ama y la siente verdadera, no quiere guardar celosamente el secreto de su creación lírica. No es un acto de magia sino de entrega total a los hombres: es un acto de amor en que el poeta acendra su esencial condición humana. Ningún sésamo es necesario para abrir su puerta: basta ser hombre. Y el poeta, solamente porque es hombre, puede darse sin reserva a los demás, interpretándoles y eternizándoles.

En "El poema", Alfredo Cardona Peña nos explica su poesía, lo que quiere él que ella sea, y cómo la entiende y concibe. Dentro de ella —lo mismo ocurre en el orbe— no hay misterios sino "claridades muy lentas" que se revelan "en el acto inefable de la visión". De este modo, los poemas resultan "raros rocíos en donde los humanos se contemplan". Pero mejor que glosar al poeta, es transcribir algunos de estos versos dilucidatorios de su poesía:

Es preciso no saber demasiado,
 adivinar las cosas, repartir nuestros ojos
 en millones de mundos que nos miran.
 Sin detenerse mucho en un solo dolor o alegría
 porque infinita es la variedad de la Existencia.
 Durable es el mundo, y nosotros tan breves.
 Pero Tierra, Cielo e Infierno merezcan igual pasión
 y no escape al registro ni el más leve sollozo
 de brisa o ser.
 No oscuridades ya,
 ojos abiertos a la inundación dolorosa y feliz
 de los hechos pequeños y los grandes...

4. *Temas.*

Los grandes temas eternos sirven de inspiración a este libro de verdadera y multiforme —no simple y sencilla— poesía, a imagen y semejanza del mundo. Pero no hay desorden ni caos en él. De ahí que los temas esenciales que lo constituyen, formen las diversas partes —siete— que lo integran.

La primera se llama "Valle de México" y es como un canto general dividido en tres odas y en tres poemas más, que el poeta

dedica al hermoso país en que vive y en donde “danzan los genios de la luz”, que es “luminoso y profundo”, que es “como el mar, semejante a sí mismo”. Es el país del imperio azteca, donde “el héroe se dió aquí como los frutos / naturales al clima”. Y Cardona descubre el paisaje oculto de México —por dentro del que ven los ojos—, “el paisaje sin miradas”, “impenetrable”, “donde la geología precipitó su entraña, / donde el volcán hirió los ojos de la tierra / con un hierro candente...” Cardona adivina

las formas secretas que en el Valle
respiran, lloran, brillan como espejos
de una muerte viviente y olorosa,
realizada en las plantas y en los hombres,
sumergida en las rocas y arrastrando
pedazos del origen, como un río
que sentimos pasar y no miramos.

Cardona oye la voz del indio y escucha la voz secreta del Pedregal del Angel Iracundo... El recuerdo de la Conquista aparece ante sus ojos como una noche triste, “funesta y cruel”, pero también como “noche de la esperanza, noche blanca”.

En “Música de Silvestre Revueltas”, las entrañas de México quedan al desnudo: pueblos, mercados, folklore, silencio...

“Los jardines amantes” —además de servir de título al libro— componen la segunda parte de él y consagran a los amantes “hiedras luminosas del tiempo”. La mujer amada es doncella que ha dado al poeta —al hombre— “las coronas del día”. El deseo es “azulado y violento, como loca endrina”. En las primeras nupcias se cumple un rito cósmico. El hijo en germen es bendecido por un aliento sacerdotal e “invisibles demiurgos” defienden su gestación. Un eremita y un patriarca ciego entonan sus cantos para que los hombres amen siempre. El hijo crece y duerme; la amada sueña, entre tanto. Al fin, sobreviene el despertar: el nacimiento del hijo como un “pequeño sollozoso palpitante”. Y el nacer a luz no es sólo fatalidad humana: en la mujer-madre “se repiten las creaciones del mundo”, pues en ella se concentra la geología cósmica. El hijo es “llanto que nace” y también “es una estrella”. El poeta —hecho hombre— siente la misteriosa dicha creadora de ser padre:

¡Qué misterios, amada, qué dolor tan gozoso,
reproducir sonrisas, dulces labios,
rostros para besar y contemplarnos!

La sección tercera de *Los jardines amantes* se titula "Elogio de la Provincia". Un soneto a su padre sirve de prólogo a estos poemas en que Cardona canta a la Provincia porque es madre de la ciudad y porque "en ella reposan las virtudes manantías"; porque es la Infancia, la casa en que nació y "la fuerza que sostiene / la bondad de la patria"; porque en ella está la adolescencia, la primera novia, la juventud, "el alma de los hombres maduros"; porque en ella, finalmente, el hombre se reconcilia con la tierra en que nació.

Un poema "A Manuel Acuña" —"amante voluntario de la llama, / elfo puro..."—, una "Elegía por la muerte y pasión de Alberto Guerra Trigueros", un "Poema a un escultor", "Invitación y denuncia" —que dedica a su compatriota Joaquín García Monge y en el que recuerda los días de Costa Rica—, "Las Guarias" y "Mi tía Esther" componen el resto de estos poemas que cantan la provincia, con su paisaje, sus pueblos, sus artistas y sus mujeres.

"Subsuelos de la Creación" integran el cuarto capítulo poemático de este libro: con sus "Temas del Alba", "El salvaje", "Itinerarios de la estatua" —poema marcadamente surrealista que, en algunos momentos, nos trae a la memoria *Poeta en Nueva York* de García Lorca, sin que esto signifique influencia alguna—, "Mi demonio" y "Homenaje a mi madre", en el que ésta es "elfa dormida, fría y sola".

Dentro de "Escritura Poética" —sección quinta— se agrupan "El Poema" —ya glosado— y treinta y una décimas de admirable perfección, en las que Cardona completa la confesión del secreto de su poesía. He aquí algunas de las revelaciones de su arte-poética:

XI

Sea el verso conducido,
no nos conduzca. Si crece,
que lo haga porque obedece
un orden establecido...

XII

Gran escritor es el sueño.
Limpia y corrige. Es la llave.
Cuando la mente no sabe,
él soluciona el empeño...

XIII

¡Poesía impura, esa
de todos! Nunca de nadie.
Y que su cántico irradie
de los pies a la cabeza.
Mirad la falsa pureza:
queriendo salvar nos daña.
El agua de la montaña
arrastra lodo y tormenta,
y sin embargo alimenta
y el sol en ella se baña.

XV

De barro siempre, y eterno
como la madre del llanto
nos vaya naciendo el canto...

XIX

Hay una madre, y se nombra
Poesía popular.
Va deshojando un cantar
entre la luz y la sombra...

XXVI

Lo que publicas no es tuyo,
cesa de serlo. El lector
es a la vez un creador.
Gusano tú, y él capullo...

De su hacer poético y de sus opiniones sobre la poesía y la misión de ésta, pasa a "Los Maestros" —sección sexta de *Los jardines amantes*—, españoles de todos los tiempos, encontrados en sus caminos literarios: Berceo, Juan Ruiz, Santillana, Garcilaso, fray

Luis de León, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Sem Tob, Lope, Góngora y Bécquer adquieren sugestiva presencia, en breves y sintéticos poemas. Charles Chaplin —clásico del cine universal— viene a reunirse, al final, con estos maestros del poeta, seguido por “las mariposas”: Cardona le incluye entre ellos porque “sabe las cosas / hondas de la calle”.

“Poemas a poemas” es la sección que cierra este libro. Alfredo Cardona Peña recrea aquí sus lecturas, sus emociones ante determinados libros o poemas: de Sor Juana Inés de la Cruz, Whitman, Lautréamont, Balzac, Barba Jacob, César Vallejo y Pablo Neruda. En este último poema dedicado al gran poeta chileno —el cual dijo una vez que la poesía de Alfredo Cardona Peña era “desbordante y solar”—, el poeta costarricense se coloca al lado de Neruda y de los hombres libres. “Atrás la lira enferma e impecable” —dice—, mientras invoca “la victoria del pan y del pueblo”. Pero lo más importante del poema acaso sea lo que Cardona opina sobre Neruda —“varón fuerte, / voz empedrada de ágiles guerreros”— y sobre su *Canto general*. Esta oda final es adecuado broche áureo —y tal vez culminación— de *Los jardines amantes*, libro de un poeta de primera magnitud que, sintiéndose hombre, lo ha escrito para todos los demás.

5. *Algunos aspectos estilísticos.*

A lo largo y a lo ancho de este extenso libro, saltan a la vista algunos rasgos estilísticos muy peculiares.

A. Encadenación metafórica: una sensación abre paso a una segunda, ésta a una tercera, etc., y así, sucesivamente, hasta lograr una concatenación de imágenes o sensaciones que ponen en comunicación planos muy distintos —y a veces opuestos— de la realidad. Ejemplo:

que abejas forman rumores,
rumores forman mercados,
mercados forman amores,
y éstos se suben al aire
por invisibles trapecios.
¡Oh caracol, oh selva!

(“Valle de México”, I, pp. 13-14.)

B. Uso de la conjunción *o* no con valor disyuntivo, sino identificativo (novedad ya introducida por Vicente Aleixandre en *La destrucción o el amor* (1934). Ejemplo:

Y en el centro del Valle la tristeza
de tu cuerpo o camello mirando lejanías.

(“Valle de México”, III, p. 26.)

C. Abundantes enumeraciones —especialmente en los poemas largos— amplifican el mundo de la realidad y de la sugerencia. Ejemplo:

Y ahora, cactus mío,
vemos el campo, el sol, los animales,
iglesias de Zampango, entre los álamos,
campanas de San Juan, tierras de frío,
el Valle, el Valle hermoso, como abriendo
dilatados espacios.

(*Loc. cit.*)

CONCHA ZARDOYA,

Tulane University.